

JUAN ANTONIO MARCOS

La mística
como atención amorosa
(San Juan de la Cruz)

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2022

ÍNDICE GENERAL

Siglas de las obras de san Juan de la Cruz	9
Introducción	11
Capítulo 1. Atención	21
1. Silencio y escucha: la música callada	21
2. Atención y amor: la atención amorosa	26
Capítulo 2. Interioridad	31
Atención a lo interior	32
1. Vivir habitados: el sol madrugando	33
2. Vivir plenamente: la fuente y el vaso	37
3. Vivir centrados: la interior bodega	39
Capítulo 3. Alegría	43
1. El contento interior: anchura y don	43
2. Alegría exterior: mirada y hermosura	46
Capítulo 4. Presencia	53
1. La sensación de una Presencia	58
2. El sentimiento de una Presencia	62
3. La conciencia de una Presencia	69
Capítulo 5. Desapego	79
Flores y fieras: los ladrones de la libertad	81
1. Ni cogeré las flores: los deseos	82
2. Ni temeré las fieras: los miedos	85
Capítulo 6. Libertad	93
Y pasaré los fuertes y fronteras: la determinación	94

Capítulo 7. Olvido	105
1. Olvido y alteridad	107
2. Cuidado y vulnerabilidad	117
3. Inermidad y amor	124
Capítulo 8. Confianza	129
1. Pero, ¿y qué es la Noche?: positividad teológica	130
2. En una noche oscura: plenitud antropológica	137
3. A oscuras y segura: la nueva libertad	143
Capítulo 9. Infinito	151
1. Con infinito amor: el misterio de Dios	155
2. Con infinita vida: el misterio del hombre	165
3. Con infinita alegría: hacia lo maravilloso	170
Capítulo 10. Silencio	175
1. La soledad sonora	176
2. Atención y mirada	180
3. Hacerlo todo de corazón	182
Conclusión. «Olvido de lo criado»	187

SIGLAS DE LAS OBRAS
DE SAN JUAN DE LA CRUZ

- C *Cántico espiritual* [Cuando se cita solamente con la C debe entenderse que se trata de la segunda redacción].
- CA *Cántico espiritual*. Primera redacción.
- CB *Cántico espiritual*. Segunda redacción.
- Caut. *Cautelas*.
- D *Dichos de luz y amor*.
- L *Llama de amor viva* [Cuando se cita solamente con la L debe entenderse que se trata de la segunda redacción].
- LA *Llama de amor viva*. Primera redacción.
- N *Noche Oscura* [1N 3,5: el primer número indica el libro; el siguiente, el capítulo, y el tercero, el párrafo].
- S *Subida del Monte Carmelo* [1S 3,5: el mismo sistema que en *Noche Oscura*].

Citamos siempre por: SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas* (Editorial de Espiritualidad, Madrid 62009).

INTRODUCCIÓN

Atención y mirada son palabras que van de la mano. Desde siempre, el mirar de Dios había sido amar. Pero no lo sabíamos. Y con todo, así comenzó Dios la aventura de este mundo: en clave de *atención amorosa*. Lo que significa que todo está desde siempre bajo la mirada atenta y amorosa de Dios. La mirada de un Dios que es «amorosa madre» (1N 1,2). Y que es mucho más y mejor que cualquier madre: «No hay afición de madre que con tanta ternura acaricie a su hijo» (C 27,1) como Dios acaricia la vida de cada ser humano. La infinita ternura de la mirada divina se crece ante la fragilidad humana. Aquí radica el poder de nuestra indigencia y finitud. De una debilidad que nos hace fuertes al abrírnos a la gracia, es decir, a *un amor mayor y mejor* (1S 14,2).

Ante esa mirada amorosa de Dios comienza también toda biografía humana. Y de manera idéntica comienza nuestra biografía interior. La iniciativa es siempre divina. Es Dios el primero en visitarnos. La visita de Dios no pone condiciones. Es pura gracia. Es como el sol levantino. Como la lluvia que empapa la tierra. Caer en la cuenta de la previa *atención amorosa DE Dios* es el verdadero detonante del viaje místico. Y el viaje es infinito.

Tras caer en la cuenta de la atención amorosa de Dios, viene la respuesta humana a la iniciativa divina. San Juan de la Cruz habla de *advertencia amorosa A Dios*. Aquí da comienzo la dimensión activa de la «atención», vista ahora desde la ladera humana. La palabra «advertencia» tiene un claro sentido dinámico y activo, incluyendo el cuidado de sí y de los demás. Dicha advertencia amorosa sería el resorte o botón a pulsar para acceder al umbral de la experiencia contemplati-

va: «De aquella *advertencia amorosa* solo ha de usar cuando no se siente poner EN soledad u ociosidad interior u olvido o escucha espiritual» (L 3,35).

Esa advertencia o atención terminará por convertirse, en último término, en *noticia amorosa EN Dios* (o mística contemplación). Brota entonces una nueva conciencia y percepción de la «atención amorosa» que Dios presta a la vida humana. Atención que implica, desde nuestra ladera, silencio, receptividad y escucha. Pero siempre en clave «amorosa». Esta experiencia, puro don, aflora cuando ya no se puede meditar, ni se acierta a hacerlo. O sea, cuando «se siente el alma poner EN silencio y escucha». Así, pasivamente. En experiencia de «contemplación pura». Esa que «consiste en recibir» (L 3,36).

En resumen, la propuesta para contemplar la experiencia mística desde la clave de la *atención amorosa* pasa, en san Juan de la Cruz, por una pedagogía en tres momentos: todo comienza con la iniciativa divina (*la atención amorosa DE Dios*), continúa con la respuesta activa humana (*la advertencia amorosa A Dios*), y termina con una experiencia de receptividad-hospitalidad simple y sencilla (*la noticia amorosa EN Dios*). Hemos hablado de *atención*, *advertencia* y *noticia*. Pero todo podría simplificarse mucho más, contemplando esos tres momentos desde esa palabra mágica que es la ATENCIÓN (vinculada a tres preposiciones): *atención amorosa DE Dios*; *atención amorosa A Dios*; *atención amorosa EN Dios*. Aquí está condensada toda la mistagogía sanjuanista: caer en la cuenta de la mirada amorosa de Dios; educarse en la «atención» a los demás; abandonarse confiadamente en las manos de Dios.

Inteligencia mística

Nuestra época ha estudiado mucho a los místicos. Ha desentrañado sus textos quizás como nunca antes se había he-

cho. Pero da la impresión de que todavía tenemos mucho que aprender de ellos. Como afirmaba Cerezo Galán, mientras solo se busque en los místicos un discurso edificante, toda una mina de pensamiento quedará sin salir a la luz. López-Baralt insiste en que hemos olvidado las lecciones de nuestros propios maestros, la sabiduría secreta de los místicos del Carmelo. Es verdad que hemos empezado a intuir la potencia real de la inteligencia mística. Pero quizás solo a un nivel epidérmico. Nos falta mucho para abrimos existencialmente a dicha experiencia.

Una experiencia, la de la mística, que no es solo una forma de atención. Es también una forma de «inteligencia». Se habló de *inteligencias múltiples* (Gardner) en la década de los ochenta, así como de *inteligencia sentiente* (Zubiri). La *inteligencia emocional* (Goleman) nace en los noventa. Y adentrándonos en el nuevo milenio se ha hablado de la *inteligencia espiritual* (Torralba, ya Orígenes en el siglo III). Desde aquí podemos dar el salto a la inteligencia mística. De ella habló Dionisio Areopagita en el siglo VI. Y más tarde san Juan de la Cruz, quizás con más autoridad que nadie. Recuérdese a este respecto el prólogo de *Cántico*. Allí, sus versos son calificados como «dichos de amor en inteligencia mística» (C Pról. 1).

Biografía implícita

Pues bien, la atención amorosa es la más poderosa forma de inteligencia mística. Es el camino más feliz para captar algo de ese misterio de amor que es Dios. Y que también lo es el hombre. Para acceder a ese misterio hay que trascender los moldes y el léxico escolástico de la prosa sanjuanista, sobre los que el autor va levantando su edificio externo. Porque lo más valioso de san Juan de la Cruz está en la experiencia vivida que corre y discurre de manera subterránea por su discurso.

En sus escritos hay una biografía implícita, un «retrato de su alma» (Jerónimo de San José), que se despliega en un abanico de vidas paralelas: una biografía optimista; una biografía intelectual; una biografía mística y, finalmente, toda una biografía de la ternura que recorre sus textos y su obra toda.

La positividad pura de sus versos es todo un contrapunto existencial a su biografía real, una biografía despiadada y nada amable, trágica por momentos y etapas. La misma libertad lograda y cantada por san Juan de la Cruz con tanta pasión, quizás no pase de ser la experiencia polar de tantas esclavitudes que le roban la libertad al hombre. Positividad y libertad son dos palabras claves en su poesía (depósito primero de su experiencia mística). Poesía empapada por una biografía optimista, tanto a nivel teológico como antropológico. Y es que san Juan de la Cruz es «el poeta más feliz de la literatura española» (López-Baralt). En él la actitud positiva y gozosa que impregna su poesía (y por ende su existencia) tiene mucho que ver, y aun todo, con el *infinito exceso* del amor divino por él experimentado, con su «próxima y familiar comunicación con Dios» (C 17,7).

Sistema vivencial

El sistema místico construido por Juan de la Cruz está lejos de ser la obra de un intelectual puro. Su escepticismo frente al mundo académico lo empujó, tras apenas cuatro años de estudios, a abandonar para siempre las aulas de la universidad salmantina. Su biografía intelectual transcurre por un discurso en el que siempre ocupa un lugar central la ética (el *examen de amor*): único test de autenticación y acreditación de toda experiencia mística. La suya, la de Juan de la Cruz, es también una visión crítica frente a todo dogmatismo: en sus escritos el místico abulense, ni condena ni pontifica. A lo sumo

se queja o se lamenta ante el lector desde la más exquisita inteligencia de ese misterio de amor que es Dios. Como podemos leer casi cerrando la obra *Cántico*, en cita muy conocida y muy poco atendida:

¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis?, ¿en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces, sordos, no viendo que, en tango que buscáis grandezas y gloria, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos! (C 39,7).

En san Juan de la Cruz, su biografía real es la mejor fuente de la autoridad de sus escritos. Esa biografía que recorre, y ¡de qué callada manera!, su discurso. Su biografía mística tiene siempre como trasfondo la biografía vivida. Hasta el punto de que detrás de cada página escrita se puede rastrear su vida real, su existencia personal. En este sentido, se puede y se debe afirmar que el sistema sanjuanista brota de la vida (y nunca al revés). Aquí radica su más poderosa fuente de autoridad. Casi infinita. Es este un principio hermenéutico ya apuntado en su tiempo por Jean Baruzi. Fernando Urbina lo sintetizó más tarde de manera admirable:

Si ha habido algún pensador que ha realizado la unidad soñada del espíritu ha sido él. En san Juan de la Cruz el sistema procede de la vida, es un reflejo de la estructura ontológica descubierta en su experiencia. Y la vida es una manifestación de su sistema, él ha realizado plenamente el ideal expuesto en su doctrina. Sistema y vida van juntos¹.

¹ F. URBINA, *La persona humana en san Juan de la Cruz* (Instituto Social León XIII, Madrid 1956) 283.

Volver a los textos

Si sistema y vida van de la mano, el favor más grande que podemos hacerle a san Juan de la Cruz (y a nosotros como lectores suyos) es volver la mirada sobre sus escritos y dejar hablar a los textos. Sin olvidar nunca que toda recepción de una obra es ya una interpretación. En este sentido, hemos escogido una serie de hilos conductores transversales que nos permitan un acercamiento al texto en su inmanencia, y todo ello encaminado hacia una lectura conectada con la vida y el lector de nuestro tiempo.

Para ello creemos necesario llevar a cabo lecturas transversales y cruzadas. Y porque los escritos de san Juan de la Cruz son algo así como un mosaico (no siempre armónico) que permite una y múltiples lecturas. Es como si las piezas de dicho mosaico se pudieran alterar y reordenar hasta el infinito (quizás sobre todo su poesía) para crear siempre nuevas composiciones musicales y poéticas y místicas. Lecturas sectoriales, oblicuas, cruzadas y focales (guiadas por un «foco» o contempladas desde un «marco» o pasadas por un «molde») que nos permitan captar, aunque solo sea en fragmentos, la vida a borbotones que brota de esa catarata desbordada de palabras infinitas y eternas que es la mística sanjuanista.

Nuestra intención es llevar a cabo una lectura existencial, dentro de la así llamada literatura espejo. Leyendo a san Juan de la Cruz nos leemos a nosotros mismos. Se trata de hacer comprensibles sus textos para el mundo contemporáneo, pero huyendo siempre de una lectura rápida o superficial. Los escritos de los grandes místicos (como los de todos los clásicos) ganan en la relectura: «Si lo leyere la segunda vez, entiendo le parecerá más claro, y la doctrina más sana» (S Pról. 8), escribía dirigiéndose al lector. La densidad de los textos sanjuanistas no permite lecturas epidérmicas. Solo se capta la real profundidad de sus textos desde la pausa y la demora. Desde una

lectura reflexiva. Unida siempre a otro criterio que nos parece fundamental: la intertextualidad. Los textos de san Juan de la Cruz se iluminan unos con otros. En sus escritos las partes iluminan al todo, y el todo ilumina a las partes.

Geografía mística

Para llevar a cabo esta nueva lectura de san Juan de la Cruz, hemos trazado una geografía de su experiencia mística apoyándonos en una cascada de categorías existenciales claves, tanto de su sistema místico como de sus obras particulares. En este sentido nos proponemos, a través de diez capítulos, hacer un viaje que vaya de la Atención al Silencio. Dicho viaje incluye un recorrido por los paisajes de la contemplación mística, pero también de la vida cotidiana. Contemplación (mística) y vida (ética) serán aquí observadas en recirculación simétrica. En cada capítulo de la serie realizaremos un viaje de ida y vuelta: de la contemplación a la vida y de la vida a la contemplación.

El punto de partida de nuestro viaje será la pura positividad de la experiencia mística. Y así, el primer capítulo funciona como pórtico y umbral de acceso (e hilo conductor) a la experiencia de san Juan de la Cruz. Por eso allí ofrecemos una fenomenología mínima pero suficiente de la así llamada «atención amorosa». Dicha atención se complementa con la perspectiva de la Interioridad, y con una emoción humana irrenunciable, la Alegría. Seguidamente, el foco de nuestra atención se centrará en una Presencia (también «amorosa»): detrás de esta categoría está *Cántico espiritual*, toda una mística de la belleza y el gozo.

Pero en la vida humana también hay tarea y esfuerzo, y noches oscuras. De ahí la necesidad del Desapego y la Libertad, del Olvido y la Confianza (y detrás está el díptico, *Subida-No-*

che): solo desde la experiencia de la gracia («otro amor mejor», dice san Juan de la Cruz) y de una «noticia amorosa» que lo llena todo, se alcanza la liberación plena. Viene entonces la Confianza, categoría desde la que contemplaremos la *Noche oscura* en sí. Dicha Noche no es otra cosa que una amorosa «influencia de Dios» (2N 5,1). El fruto primero y fundamental de dicha influencia será el «conocimiento de sí» y de la propia indigencia: aquí radica la dureza (y seducción) de la noche.

Finalmente viene *Llama de amor viva*, con la que nos adentramos en los territorios de la experiencia contemplativa. Aquí emerge la capacidad receptiva del ser humano frente a un misterio Infinito de amor y de vida. Más todavía, la vida humana encuentra aquí su verdadero «centro», que es Dios. Y se aprende entonces lo que es una vida «centrada», para lo cual basta, según san Juan de la Cruz, con tener amor. Terminaremos este recorrido por la mística sanjuanista entrando más adentro, en los misteriosos mundos del silencio contemplativo y del «callado amor».

Amor infinito

En realidad, lo que impregna todas las etapas del viaje místico, para san Juan de la Cruz, es el amor. Y así, la Atención es, ante todo, atención «amorosa». Igual que la Presencia es también presencia «amorosa». La Libertad (frente a apegos y miedos) es posible gracias a un «amor mejor». El verdadero «conocimiento de sí» procede de la «amorosa influencia de Dios» en la Noche. Y la permanente fiesta del espíritu es inseparable de ese «amor infinito» experimentado como fuego amoroso en el más profundo centro. Todo terminará en una nueva vivencia de «atención amorosa en Dios».

En todo caso, este intento de lectura global de san Juan de la Cruz, buscando dar unidad al conjunto de su sistema

místico, va parejo a las lecturas transversales antes aludidas. Dichas lecturas hacen casi imposible no reiterar, en alguna ocasión, algunos textos y algunas citas del santo. Es el peaje a pagar en una obra de este tipo, donde sin dejar de ver el bosque, querriamos que cada árbol (cada capítulo) tuviera su propia personalidad, de tal modo que el lector pueda también acercarse a la lectura de cada capítulo de manera autónoma e independiente.

Biografía de la ternura

Para terminar esta breve introducción, quisiéramos volver la mirada sobre otro de los hilos conductores del discurso sanjuanista, de esos que lo recorren de manera furtiva. Nos referimos a esa biografía de la ternura que, con discreta elegancia, y casi tácitamente, empapa sus escritos. Hay toda una «ternura implícita» en sus obras. Una ternura subterránea e infinita. Personalmente, cada vez más tengo el convencimiento íntimo de que dicha ternura es como la atmósfera (o perfume) que se respira en sus textos, en sus palabras, en sus versos.

Pienso que, formalmente, en su escritura hay algo así como una corteza aparente, hecha de un extraño pudor que le lleva a situarse casi en las antípodas de santa Teresa. Ella, sin el más mínimo recato y sin pudor alguno, apela cansinamente a su experiencia personal, desnudando su alma ante el lector. Él hace lo propio, pero con una infinita discreción. Casi como de puntillas. Por asomadas, y entre bambalinas, la ternura de san Juan de la Cruz se muestra como una presencia ausente. Quizás como tomando distancias, para que el lector no se sienta abrumado. Ni el autor delatado.

Para que aflore el verdadero «yo» de nuestro autor y se rompa esa corteza aparente, tenemos que aprender a leer sus escritos entre líneas: ¿acaso no está hablando de sí mismo

(¡seguramente sin ser consciente de ello!) cuando apela a aquellas personas que tienen «un no sé qué de grandeza y dignidad» (C 17,7)? ¿Acaso no se está retratando a sí mismo cuando afirma que «el bueno piensa bien de los demás» (L 4,8)? Yo al menos así lo creo.

De san Juan de la Cruz se puede afirmar aquello que contaba y cantaba de sí mismo el poeta uruguayo Daniel Viglietti:

Quiero decir al final:
mi corteza es aparente.
Es un modo de cuidar
mi ternura por la gente.

Lo fascinante de san Juan de la Cruz es el modo admirable en que su poesía y su prosa logran transmitir y «cuidar» su personal ternura por la gente y por la vida. Más allá de la corteza aparente. Esa ternura que a buen seguro ha aprendido del contacto con la infinita ternura de Dios. De un Dios que «ordinariamente» tiene como tarea más urgente acariciar («regalar») la vida humana. Al igual que «la amorosa madre hace al niño tierno» (1N 1,2). Ternura que visitaría por primera vez a Juan de Yepes allá por la infancia, contemplando de niño a su propia madre. Y quizás años más tarde leyendo al profeta Isaías: «¿Acaso puede una madre olvidar a su niño de pecho, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo [habla Dios] no te olvidaré» (Is 49,15):

Comuníquese Dios en esta interior unión al alma con tantas veras de amor, que no hay afición de madre que con tanta ternura acaricie a su hijo, ni amor de hermano ni amistad de amigo que se le compare [...]. ¡Tan profunda es la humildad y dulzura de Dios! [...]. Y así, aquí está empleado [Dios] en regalar y acariciar al alma como la madre en servir y regalar a su niño (C 27,1).